



MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica todos los sábados • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 • Madrid

TOMO XXXVII

MADRID, 31 DE MARZO DE 1962

NUM. 118

Depósito legal: M. 1.052.—1958

« TRIBUNA LITERARIA »

LAS DULCES ESPERAS

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

¿Y a mí que me gustan las esperas? Si ustedes piensan un poco, faena que conviene realizar de cuando en cuando, llegarán a participar de mi pequeña teoría de las esperas. Ya que no podemos ser autores de grandes teorías, seámoslo, al menos, de pequeñas teorías.

—En suma, que a usted le agrada esperar.

—Según y cómo. Si voy preparado, sí, me agrada esperar. Y en esto consiste el secreto: en ir preparados.

En cierta ocasión, a un notario amigo mío le dijeron en un centro importante que tendría que volver, que el director estaba en un Consejo.

—A no ser que prefiera usted esperar. Pero tendría usted que esperar media hora.

—Media hora y lo que sea necesario. Me ofrece usted, como estoy viendo, una buena butaca, la temperatura en la habitación es espléndida, hay silencio... ¿Qué más puedo pedir? Ya quisiera yo muchas esperas como ésta.

Sí, la teoría, por tanto, no es mía del todo. Pero yo la he dado cierta forma y me dedico a exponerla. Lo cierto es que cada vez estoy más convencido de lo saludable que, en nuestro tiempo, resulta esperar. Sí, sí, esperar. Así como suena. Y no ya esperar algo bueno, bello, interesante, sino sencillamente esperar: esperar a secas.

En esta época de la prisa, de los agobios, de ir corriendo a todas partes para, al fin, acaso no llegar a ninguna, las esperas son como estupendas píldoras sedan-

tes, que nos van poniendo frenos de sosiego.

Las esperas pueden ser forzosas o pueden ser buscadas. No es menester explicar las primeras. Se nos hace esperar en los más diversos sitios. ¿Qué partido tomaremos? ¿Sabremos aceptar la espera con filosofía? O, por el contrario, ¿nos renegaremos, nos pondremos nerviosos, empezaremos a fumar cómo sin darnos cuenta? ¡No, no! La buena espera, aunque sea forzosa, es aquella que se acepta con paz. No solo con resignación, sino hasta con alegría. Pensaremos: "Me obligan a esperar, luego puedo descansar." Podemos, en efecto, en las esperas, descansar, rehacer-nos, respirar, hondamente, mirar despacio, leer ese artículo que deberemos llevar preparado, ese librito delicioso que cogimos en casa, por si acaso. O, simplemente, reflexionar. O, más sencillamente, estar. ¿Con quién? Con nosotros mismos. Con nuestro "a solas". Saber aceptar con gusto una espera, ponernos cómodo en ella, es un fino placer. ¡Ah, las dulces esperas! ¿No se habla de las "cortas delicias" del Licenciado Vidriera? Pues también existen, para quienes saben aprovecharse de ellas, las esperas dulces.

A veces, las dulces esperas hay

que buscarlas. Yo las busco con frecuencia, aunque no tan a menudo como quisiera. ¿Necesito recomponerme, relajarme, descansar, liberarme? Entro en una peluquería. Bueno, entro en "mi" peluquería. La peluquería es algo que está dentro de nuestras pequeñas constantes. Pues bien, entro en "mi" peluquería, aunque en realidad no tenga mucha necesidad de que me corten el pelo. Quizá hay abundancia de clientes. Los oficiales me miran y, tal vez, se imaginan que yo no quiero esperar. Pero alguien sabe que lo que a mí me gusta es esperar, y el niño uniformado me entrega un número: el dieciséis.

—No le tocará a usted hasta dentro de tres cuartos de hora.

—Mejor, guapo. Es lo que a mí me gusta: esperar.

El muchacho se me queda mirando, así como diciendo: "Este señor no debe estar bien de la cabeza."

Me siento sin prisa. Hojeo revistas. Observo. Pero, ¿ustedes conocen el placer de observar? Y veo pasar la gente y los coches. ¿Qué más se puede pedir? Luego, ya en la silla —mezcla de sillón de académico y de sillón de dentista—, me entreduermo mientras ramonean el pradecillo de mi cabeza. A mí me place que me pasen el peine por la cabeza. Solo me da miedo cuando la tijera entra en el arco de detrás de la oreja. Creo que me van a cortar el cuero. Mas, pasado esto, toda va bien. Pido lavado de cabeza, loción, secado eléctrico. Para prolongar la espera. Mi espera, claro.

Lo mismo o similar puedo decir de los salones de limpiabotas. Hay uno muy divertido en la

UN NUEVO PRODUCTO

LATINO - SYNTAX

CORTIDEN®

EL MEJOR TOLERADO DE LOS CORTICOSTEROIDES MAS ACTIVOS



Puerta del Sol. Se espera bien un ratillo.

¿Esperas de más categoría? Un concierto, una sesión de cine. Lo importante es quedarnos a solas con nosotros, aislarnos, ingresar en una zona de descanso bien parapetado.

En otros lugares no se consigue el aislamiento: la cafetería, el café —de los pocos que quedan—, el casino, el club... Además, ya va estando mal visto el ocio así, sin algo dentro. Y si al vernos entrar en un cine, la gente dice: "Mira ese, cómo trabaja", al vernos entrar en una peluquería o en un "limpiabotas", no dirá nada la gente.

¿Que se exagera? Puede ser. Pero vayan ustedes pensando en que tengo un poco de razón y en que no viene mal cultivar la espera por la espera, la espera "per se". Se trata de abrir a la vida un grato portillo como de convalecencia, para que el alma vuelva a su sitio, como los rebaños vuelven a los rediles a la caída de la tarde, según el poema de Safo. Es importante esperar. Es necesario estar tranquilos. En la sala del té, de Okakura Kakuzo, existe la antecámara. Y el anfitrión no entrará en la estancia hasta que todos sus invitados estén ya sentados y reine la tranquilidad.

Esperar, esperar: tiempo para nosotros. Se remansan las aguas. La butaca se amolda a nuestro cuerpo y a nuestro cansancio. Las cosas están quietas, también, esperando. ¡Esperemos, amigos, esperemos! Sepamos esperar, que es una forma sosegada de estar.